

# La catequesis en la vida y obra de Newman

---

José Morales Marín

FACULTAD DE TEOLOGÍA  
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

**RESUMEN** La conversión marcó hondamente la experiencia espiritual de Newman. Su homilética destaca por el sentido bíblico y por el pronunciado acento que coloca en el mundo invisible de los misterios de la fe, así como por la necesaria incidencia de estos en la vida del cristiano. La fe de Newman es siempre razonable, se encuentra unida a la razón y supone un despertar de la conciencia a la voz de Dios, que habla al corazón. La conciencia es una realidad fundamental en la teología y en la filosofía religiosa de Newman. Es una categoría de gran alcance religioso, moral y epistemológico.

**PALABRAS CLAVE** Experiencia, Catequesis, Apertura al misterio de Dios.

**SUMMARY** *His conversion process deeply marked the spiritual experience of Newman. His homilies are remarkable for their biblical depth of meaning and the sharp accent he places on the invisible world of the mysteries of the faith, together with the necessary impact these mysteries have on the life of the Christian. Newman's faith is always rational, united to reason, and supposing an awakening of one's conscience to the voice of God that speaks to the heart. The conscience is a basic reality in Newman's theology and religious philosophy. It is a category having great religious, moral and epistemological scope.*

**KEY WORDS** *Experience, catequesis, openness to the mystery of God.*

Pocos teólogos cristianos han recibido la atención que recibe hoy John Henry Newman. Si se exceptúan San Agustín y Santo Tomás de Aquino, Newman es probablemente el autor cristiano individual que ha dado ocasión a más estudios y monografías. Newman puede haber suscitado sospechas, recelos, sobria o ardiente admiración, según los casos, y entusiasmos de todo género; pero siempre ha sido objeto de algún seguimiento, moderado o pleno.

*Newman, un destino* podría ser el título de un libro sobre él. Cuando después de morir fueron colocados sus restos en la iglesia del Oratorio de Birmingham el once de agosto de 1890, uno de los muchos visitantes dejó escritas algunas de las impresiones que la escena le había producido. Decía:

El Cardenal, como los restos de un santo, destacaba sobre el túmulo, pálido, distante, consumido, con mitra, ricos guantes donde lucía el anillo, que besé, ricos zapatos, y el sombrero a los pies. Éste era el final del joven calvinista, el intelectual de Oxford, el austero párroco de Santa María [...] Parecía como si un entero ciclo de existencia y pensamiento humanos se hubieran concentrado en aquel augusto reposo. Ésta fue la irresistible consideración que llenó mi mente. Una luz amable había conducido y guiado a Newman hasta esta singular, brillante e incomparable consumación<sup>1</sup>.

Con veintiún años, Newman fue elegido en 1822 profesor (*fellow*) de Oriel, un College de Oxford que había sido fundado en el siglo XIII. En 1825 se ordenó presbítero de la Iglesia Anglicana, y en 1828 comenzó a regentar la parroquia universitaria de Santa María, situada frente a Oriel en la High Street. Con un pequeño grupo de amigos –ministros todos ellos, como él, de la Iglesia de Inglaterra– originó e impulsó desde 1833 el conocido Movimiento de Oxford, llamado también Movimiento Tractariano, con el fin de renovar un Anglicanismo en decadencia, falto de energías y de sentido eclesial.

El sentido de la obra escrita de Newman es dogmático y homilético. Newman escribió en 1833 su primera monografía teológica. El estudio histórico–doctrinal de los Arrianos del siglo IV le dio ocasión para exponer las ideas fundamentales de su visión religiosa. Llevaba, sin embargo, casi diez años de actividad pastoral y de una predicación que se recoge en los volúmenes de sermones publicados a partir de 1834. Estos sermones constituyen probablemente el *corpus* homilético más conspicuo y penetrante del siglo XIX en Inglaterra, y son muchos los que lo consideran como lo mejor de Newman en términos casi absolutos. Comenzados en 1824, los sermones del párroco de Santa María –lo era desde 1828– no se interrumpieron hasta 1843, dos años antes de su recepción en la Iglesia católica.

---

1 *Letters and Diaries* XXIX, XV

Las cuestiones teológicas más importantes que suelen asociarse con la obra de Newman se refieren al conocimiento religioso, la psicología del acto de fe, el desarrollo de la doctrina cristiana, la idea de Tradición viva, el papel del laicado en la Iglesia, la educación del hombre y la mujer cristianos, y la conciencia en su alcance personalista, epistemológico y moral. Estas cuestiones forman desde el principio de su carrera intelectual y religiosa el hilo conductor de sus escritos. Y pueden afirmarse que Newman es hoy un autor clásico en todos estos temas.

Desde la recepción newmaniana que tiene lugar en el continente europeo a partir de los años treinta del siglo XX, Newman ha venido a ser considerado como un teólogo, y en los años sesenta y siguientes se habla frecuentemente de él como pionero del Concilio Vaticano. Esta afirmación encierra una gran verdad.

Tanto la vida católica de Newman como la intención básica del Concilio Vaticano II responden a las mismas preocupaciones, que podían formularse del siguiente modo: lograr una percepción de la Iglesia como misterio de fe, que lleve entre otras cosas a una práctica más completa de la justicia y del juego limpio *-fair play-* de puertas adentro, y en segundo lugar, un despliegue más convincente y perfecto si cabe, por aparte de la Iglesia, de su ser comunicativo y dialogante, de puertas afuera.

La espiritualidad de Newman tenía mucho que ver con su honda percepción del mundo invisible, el único mundo que era para él intensamente real. Era una percepción que había desarrollado desde su juventud, y que en ocasiones le resultaba arduo de llevar, por el peso de realidad que suponía. Refiriéndose a la viveza con la que Newman percibía las verdades escatológicas de la gloria y de la reprobación, decía el historiador J. Anthony Froude: “la mente de cualquiera de nosotros se habría quebrado ante semejante tensión”<sup>2</sup>.

Este sentido religioso –vivencia de Dios– que le lleva a aventurarse mar adentro a los 45 años, se encuentra en la raíz de su conversión a la Iglesia Romana, que es una conversión triple: conversión de la mente (doctrinal e intelectual), de la conciencia moral (búsqueda de Dios por encima de todo lo demás), y conversión de los afectos y sentimientos que le mantenía unido al Anglicanismo, como su hogar espiritual y humano, donde quedaban sus

amigos, sus familiares y los lugares que amaba. A lo largo de su vida católica, Newman fue descubriendo que, a pesar de las desilusiones que había experimentado, la conversión había merecido la pena.

Otro aspecto crucial de este modo de ser religioso, que se interesa sólo por Dios y por los demás, es el *afán de santidad*, que recorre su vida entera y sus escritos como un hilo de fuego, y es fuente en ellos de unidad y coherencia. Las numerosas notas necrológicas que se publicaron en la prensa inglesa, escritas por católicos, protestantes y anglicanos, resaltaban casi unánimemente el sentido evangélico de la existencia de Newman. El *Times* de Londres del 12 de agosto de 1890 hablaba de “una vida pura y noble, libre de toda mundanidad”.

Newman fue un hombre de cambio incesante, pero este cambio fue siempre en él un desarrollo y apenas implicó rupturas que no fueran exigidas por la naturaleza de las cosas. En 1858 escribía de sí mismo:

Como muchos hombres de Oxford que se han hecho católicos, mis convicciones han sido resultado de un lento proceso ocurrido durante años, y las verdades que hoy acepto de todo corazón me han venido más por la reflexión personal que por consultar obras de teólogos y polemistas.

Fue una mente de unidad, pero jamás hubo una mente más en movimiento. Este cambio, que nunca fue revolución absoluta, es objeto en sus obras de frecuentes observaciones, que siendo de orden teórico resultan a la vez claramente autobiográficas. Dice en un sermón: “El tiempo es corto; la muerte es cierta; y la eternidad es larga”. En este marco de Providencia y destino humano, Newman ha percibido con hondura existencial lo que afirma lacónicamente en una carta de 1859: “La voluntad de Dios no se nos da a conocer con prisas”. La posibilidad de cambiar es una cualidad positiva del ser humano. “Un carácter cristiano es producto de tiempo”, leemos en otro texto; y en el *Ensayo del desarrollo de la doctrina* escribe: “En un mundo más elevado ocurre de otro modo, pero aquí abajo vivir es cambiar, y ser perfecto significa haber cambiado con frecuencia”. Sabía por experiencia que es “imposible cambiar en un momento y de una vez para siempre”.

Hubo en su vida modificaciones decisivas y saltos existenciales, pero este crecimiento se hizo más por adiciones y graduales enriquecimientos que

por simple eliminación de ideas adquiridas al principio. Su conversión a la Iglesia Católica, hecho único que dividió su vida en dos mitades, no le impedía evocar con afecto y agradecimiento a Dios lo que llamaba “el sencillo Evangelismo de mi juventud”.

Es tal vez esta visión dramática de la existencia humana, como un proceso armónico, dirigido por Dios, de acercamiento a la eternidad, lo que señala una diferencia con otro tipo de teologías. A los ojos de algunos teólogos cristianos, el orden del universo aparece en primer lugar como un orden de esencias que derivan del Creador y forman un marco de la vida humana. Para Newman, el acento se coloca no tanto sobre el Creador como sobre la Providencia, y el orden de las cosas no es considerado ante todo como una estructura de esencias sino como un tejido de acciones divinas y humanas.

La profunda unidad de opuestos que se advierte en el carácter de Newman nos lleva a otro binario de cualidades. Se trata de la singular presencia que tenía en él el mundo invisible de los misterios cristianos. Pero la presencia de estos misterios ardientes se fundía con un vivo sentido de cotidianidad, del amor al detalle, y de la afición a lo que podríamos llamar rutina creadora. En un texto de 1857, referido a Padres de la Iglesia del siglo IV, leemos:

Algunos hombres tienen dos naturalezas con tendencias contrarias, y viven como en un conflicto interno... Porque se hallan felices retirados de los demás y felices también en sociedad. Son capaces de ambas cosas y si pudieran serían al mismo tiempo hombres de acción y exilados del mundo.

Newman ha esbozado aquí rasgos de su carácter, en un momento histórico cuando actividad terrena y contemplación no parecían a muchos del todo compatibles. Examinando su propio mundo interior, parece intuir la posibilidad de esta fusión.

Al margen de las observaciones que podría suscitar este asunto, lo cierto es que, para Newman, el mundo invisible es el único mundo intensamente real. Esta visión no procede de una *forma mentis* platónica, sino de una honda sensibilidad cristiana, para la que el acto de fe termina en el objeto mismo creído. Un texto memorable del mismo Newman, escrito a los tres años de su conversión, nos habla del tema y nos permite ver un poco de la experiencia de su alma. Dice así:

Tal es el Creador en su eterna belleza increada, que si nos fuera permitido contemplarle moriríamos de puro raptó de la vista de Su gloria. Moisés, incapaz de olvidar el pequeño anticipo que había visto en la zarza ardiente, pidió ver la figura entera del Señor, y no se le concedió. Dijo Moisés: enséñame Tu gloria; y Dios le respondió: No puedes ver mi Rostro, pues ningún hombre me verá y seguirá viviendo (Cf. Ex. xxxiii, 18). Cuando los santos han sido favorecidos con algunos destellos de la gloria divina, ésta les ha conducido al éxtasis, ha roto sus débiles estructuras de polvo y ceniza, y atravesado sus almas con tal trepidación que han clamado a Dios, en medio de sus transportes, para que redujera misericordiosamente la abundancia de sus consuelos. Lo que los Santos experimentan directamente es disfrutado por nosotros en el pensamiento y la meditación, y este sencillo reflejo de la gloria divina basta para superar las pobres y fatigosas nociones de El que nos rodean, y para conducirnos al olvido de nosotros mismos en la contemplación de quien es todo Belleza.

No cabe duda de que esta experiencia íntima, cuyo alcance resulta muy difícil determinar, tiene mucho que ver con la decisión con la que Newman profesó siempre lo que denomina *principio dogmático*, que es en realidad la aplicación primera del hecho de que el espíritu humano necesita de la Verdad. Aparece ya en su juventud, tal como lo narra en la Apología. “Cuando tenía yo quince años –escribe– tuvo lugar en mí un gran cambio de mente. Quedé bajo la influencia de un credo definido y recibí en mi inteligencia impresiones de dogma, que, gracias a Dios, nunca se han borrado ni oscurecido”.

Estas convicciones dogmáticas crecientes, aplicadas al misterio de la Iglesia y de su Tradición, forman en 1833 el manifiesto doctrinal del Movimiento de Oxford y explican que en cierto modo la vida de Newman –calvinista, anglicano y católico– fuera una batalla firme contra el liberalismo religioso, es decir, la opinión “según la cual no existe una verdad positiva en el ámbito dogmático, sino que cualquier credo es tan bueno como cualquier otro, y la religión revelada no es una verdad, sino un sentimiento o inclinación”. Hay una postura neta y a la vez creativa frente a la prioridad epistemológica del saber puramente racional, la afirmación del carácter esencial del dogma, y las ideas sobre la naturaleza simbólica de los enunciados religiosos y la simple equivalencia de las religiones.

Aplicado al misterio del Ser divino en su relación con el hombre, el principio dogmático lleva a Newman a afirmar la primacía bajo Dios, de la persona humana, como ser moral y religioso con una vocación y libre para decidir su destino. Sólo en la relación íntima con un Dios que es inteligencia y Amor se desvela el misterio del Hombre. *Cor ad cor loquitur* (un corazón habla a otro corazón). Esta sentencia, que Newman tomó al parecer de Francisco de Sales y adoptó años después para su escudo cardenalicio, quiere resumir su temprana experiencia de que en el mundo existían para él “dos seres, y dos seres absoluta y luminosamente evidentes: yo mismo y mi Creador”. No hay que entender estas palabras como una manifestación de solipsismo, sino como una declaración acerca del carácter personal de la comunicación religiosa, de la grandeza del misterio de Dios, que debe ser amado y venerado por encima de todas las cosas y de la irrepitibilidad de cada ser humano. “En religión –escribía Newman en 1830– cada uno debe comenzar, ir adelante y terminar por sí mismo. La historia religiosa de cada hombre es tan solitaria y completa como la historia del mundo”.

Esta penetración espiritual de las realidades últimas que le permitía ver continuamente el mundo *sub specie aeternitatis* no convirtió a Newman en un visionario absorto sin más en las verdades del más allá. Conocía bien el mundo y las cosas del mundo. Leía asiduamente los periódicos, y sabía mucho de cuentas, presupuestos y balances. Era un experto en financiar la construcción de edificios. Su temperamento ascético no le impedía en Oxford cumplir eficazmente su deber de elegir los vinos para la bodega de Oriel College. Era consciente de que la experiencia de Dios y de lo divino se efectúa normalmente a través de las cosas y situaciones de la tierra, y un aspecto básico de su doctrina espiritual se resume en las palabras siguientes: “Si las advertencias y llamadas ordinarias de Dios no te mueven, corres el peligro de que tampoco te muevan las advertencias extraordinarias si alguna vez te llegan”.

La sencillez de sus consejos y la naturaleza contenida de sus palabras podía defraudar en ocasiones a quienes esperaban de él revelaciones nunca oídas. He aquí un hombre –pensaban algunos–, que es capaz de conducirnos hasta los secretos del universo, y que se limita a aconsejarnos fe en Dios, moderación en el discurso y constancia en el trabajo.

Podemos detenernos finalmente en un nuevo núcleo de cualidades de Newman que tienen que ver directamente con el uso de su razón y su capacidad de expresar sentimientos. Nos aguarda aquí otra paradoja. Este hom-

bre netamente lógico desconfía de la razón y se mantiene atento a vigilar y evitar los posibles desmanes y usurpaciones que esta noble facultad tiende en ocasiones a perpetrar en el campo religioso. Es indudable que junto a las mociones interiores de la gracia y los impulsos de su corazón abierto a la Verdad –Newman solía decir “nunca he pecado contra la luz”– el proceso de su conversión muestra una lógica implacable, así como el uso continuo de una razón crítica y rigurosa. El hecho era tan patente que sembró muy pronto la preocupación entre los amigos anglicanos, muchos de los cuales se esforzaban en hacer ver a Newman que para resolver el dilema “Anglicanismo o Iglesia Romana” no debía ser tan racional. Los anglicanos más agudos e imparciales hubieron de reconocer, no obstante, que, al hacerse católico, Newman superó en lógica y coherencia a los amigos que no dieron ese paso.

Sin olvidar, ni en la teoría ni en la práctica, la importancia que la doctrina cristiana atribuye a la razón del hombre en la búsqueda de Dios y en el reconocimiento de su existencia, Newman concede primacía a la conciencia moral y a la recta intención de la persona, a la hora de encontrar la Verdad religiosa. Es bien conocida y muy actual su enseñanza sobre los presupuestos éticos de la creencia y su convicción de que los principales obstáculos que la fe suele encontrar en un hombre no son intelectuales sino de carácter moral. “Considero que el repudio del Cristianismo nace de una falta del corazón, más que del intelecto. En el fondo de la incredulidad hay un desagrado respecto a las palabras y verdades de la Escritura. Una persona que ama el pecado no quiere que el Evangelio sea verdadero”. En este punto al menos, Newman no era ciertamente socrático. Pensaba que una cosa es el saber y otra muy distinta la virtud, y que la mera ignorancia no es la causa última por la que los hombres no se acercan más a Cristo. Una persona como él, que tenía en estima tan alta la formación y educación del intelecto, no duda en afirmar: “Antes serán extraídos bloques de mármol de una cantera con hojas de afeitar, que la educación llegue a cambiar por sí sola el corazón humano”.

Y este temperamento emotivo e hipersensible desconfía de una religiosidad hecha de emociones, y rechaza sin compromisos la excitación y el sentimentalismo como vías de conversión o de progreso espiritual. Lo cual no le impedía vivir profundos sentimientos y manifestarlos cuando era necesario. Al abandonar en 1846 su retiro de Littlemore –junto a Oxford–, donde poco antes había tenido lugar su conversión, Newman besó las paredes de aquella habitación en la que había vivido los últimos meses. Llegado a Roma



en 1856, para resolver un grave asunto del Oratorio, quiso caminar descalzo hasta San Pedro, ajeno a la admiración que pudiera suscitar en los viandantes. Era hombre reservado y a la vez muy demostrativo.

A Newman no le preocupó excesivamente lo que hoy solemos llamar reforma social. Pero vio algunas cuestiones decisivas que la Iglesia y los cristianos habrían de resolver en el mundo moderno, tales como la racionalidad del acto de fe y el desarrollo de la doctrina evangélica y de su lenguaje en una cultura que cambia. Decía Newman: “Todos los hombres razonan, pero no todos pueden dar razón”, y aplicó este principio para explicar la credibilidad de la fe.

Estaba convencido asimismo y demostró, que las aparentes variaciones de la verdad cristiana a través del tiempo no son corrupciones –como pretendían anglicanos y protestantes y afirman los integristas de hoy– sino desarrollos armónicos del Evangelio, dirigidos por un Magisterio vivo. Pudo de este modo contribuir eficazmente a que la historia y la experiencia religiosa encontraran un lugar legítimo y pacífico en la teología de la Iglesia.

La entera obra homilética y religiosa de Newman contiene una patente dimensión catequética y litúrgica. Newman se vio siempre a sí mismo como un educador y pedagogo de la fe cristiana. Sabía por experiencia personal que la asimilación catequética de los contenidos del Credo y los mandamientos resultaba una base esencial para el desarrollo satisfactorio de la vida según el evangelio, tanto en los niños como en los adultos.

Cuando describe en la *Apología pro Vita Sua* (1864) los inicios de su conocimiento y práctica del Cristianismo dice que desde edad muy temprana tenía “un perfecto conocimiento de mi catecismo”<sup>3</sup>. Los textos catequéticos usados en ese tiempo por los anglicanos solían ser el Catecismo incluido en el *Prayer Book* (1549) al principio del Servicio de la Confirmación, o bien el libro de Alexander Nowell, *A Catechisme, or first Instruction and Learning of Christian Religion* (1570). Debe suponerse que el muy joven Newman usó alguno de estos compendios.

La Biblia y el catecismo fueron, por lo tanto, las dos columnas de la Iniciación cristiana de Newman, acompañadas siempre por la voz y explicaciones de algún buen maestro, y, en este caso, de la estupenda capacidad asimilativa del discípulo.

---

3 *Apología pro Vita Sua* (Madrid 1996) 29.

Newman conservó a lo largo de su vida una real veneración por el Catecismo de la doctrina cristiana, como alimento doctrinal y defensa contra las desviaciones en la interpretación del Credo. Pensaba que el texto del catecismo permitía al lector –joven o adulto– entrar en vivo contacto con la realidad de una creencia o de una doctrina. En la parte segunda de la *Idea de una Universidad* (1852) escribe:

la mitad de los prejuicios contra el Catolicismo radican en la ausencia de información de la gente con prejuicios. Personas sencillas resultan bien informadas y los adversarios acaban silenciados por la simple formulación de lo que creemos [...] Recuerdo que, hace unos 25 años, tres amigos más, clérigos de la Iglesia de Inglaterra, hicieron una visita a Irlanda. En el sur tuvieron ocasión de realizar una excursión a pie, y tomaron como guía a un chico de trece años. Se divertieron haciéndole preguntas sobre su religión (católica). Y uno de ellos me confesó a la vuelta que el humilde adolescente consiguió silenciar a los tres. ¿Cómo lo hizo? No desde luego con una serie de argumentos o refinadas disquisiciones teológicas, sino simplemente mediante el conocimiento y la comprensión de las respuesta de su Catecismo<sup>4</sup>.

El reciente convertido Newman no tendría inconveniente alguno para responder humildemente a sus examinadores, en el año 1846, acerca de su comprensión católica del Credo de la Iglesia. La conversa Emily Bowles pudo ver un día a Newman en la capilla de Maryvale recibiendo el catecismo y contestando a las preguntas que se le hacían, y en un libro de memorias compuesto años más tarde escribe:

Ver al gran maestro adelantarse para ser interrogado y enseñado como un niño pequeño era más de lo que yo podía soportar [...] La belleza de su voz, la extraordinaria humildad y el olvido de sí que su entero porte denotaba me llenaron tanto de emoción que apenas recuerdo lo que dijo, excepto que era algo sobre los Magos.

---

4 *The Idea of a University* (Oxford 1976) 308.

Newman no compuso ningún catecismo a lo largo de su vida, tan dedicada a la enseñanza religiosa. Consultó para su uso personal, o recomendó o otros, catecismos conocidos que juzgaba solventes. En el año 1840 buscó consultar como anglicano, el *Catecismo de la doctrina Cristiana*, que había sido compuesto en el 1804 por el pedagogo y teólogo católico alemán Bernhard Overberg (1754–1826).

La pedagogía de la fe, y el interés por transmitirla a otros, impregnan, sin embargo, sus escritos, que son de la más variada naturaleza en el orden dogmático, histórico, apologético, moral y escriturístico. Los contenidos creyentes son inculcados en la mente y en el corazón de lectores y oyentes en un marco de experiencia. Es una consecuencia directa de la convicción de Newman de que para ser bueno no hace falta saber mucho, sino saber lo que es propio en religión para cada momento de la vida, y ponerlo en práctica. Esa práctica, que es fe con obras, atraerá sobre el creyente nuevos conocimientos y horizontes de existencia cristiana.

La instrucción religiosa es en la Iglesia una actividad permanente, prevista no para unos pocos, sino para muchos, para todos. Su contenido son las verdades que todo hombre y toda mujer necesitan en su condición de viadores a través del mundo hacia la eternidad. No se trata de enseñar o transmitir verdades recónditas o contenidos raros.

Esta instrucción o catequesis requiere por lo general la presencia de un maestro, que en lenguaje teológico equivale al influjo benéfico de la tradición oral. De este modo,

la verdad, que es un espíritu sutil, invisible y plural, es introducida en la mente del que aprende a través de sus ojos y oídos, a través de sus afectos, imaginación y razón; es llevada a su inteligencia y sellada allí para siempre mediante la formulación y la repetición, preguntando y volviendo a preguntar, corrigiendo y explicando, usando todos los medios que se incluyen en el término catequizar<sup>5</sup>.

En los primeros tiempos del cristianismo, la Iglesia desplegaba una intensa actividad para apagar en las mentes los errores paganos y configurarlas según la fe cristiana. A la mano estaban las Escritura para el estudio y la

---

5 "What is a University?", en: *Historical Sketches*, vol. III (London 1894) 14–15

lectura de quienes podían servirse de ellas por su cultura. Pero los Padres de la Iglesia no dudaban en hablar a pueblos enteros, convertidos al Evangelio, que no eran capaces de leer los libros sagrados. Desempeñaban así necesariamente una feliz actividad catequética<sup>6</sup>.

Newman poseía un excelente conocimiento acerca del funcionamiento de la mente y el corazón humanos en las diferentes edades de la persona. Es sabido que el filósofo francés Henri Bergson (1859–1941), profesor en la Sorbona, utilizó ideas newmanianas en la composición de su *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia* (1889).

Newman apenas hizo uso de sus conocimientos de psicología en el campo estrictamente filosófico, pero los tuvo muy en cuenta para explicar el comportamiento de la mente humana en el aprendizaje y asimilación de los misterios de la fe cristiana.

Nuestro autor dedica en diversos lugares de sus escritos, interesantes consideraciones sobre la psicología infantil y el modo en que los niños captan en algún sentido los contenidos de las proposiciones del Credo y de los mandamientos de la Ley de Dios. Son ideas de fondo pero resultan útiles para el estímulo y orientación de un catequista sensato y dedicado.

Newman pensaba que los niños no tendían a ser devotos en el sentido más propio de la palabra. Es decir, los niños en su opinión no eran capaces de captar pronto las razones profundas de la devoción, entendida como actitud del espíritu que ha percibido en serio la razón dogmática de la piedad. Porque la devoción o la piedad responden a la visión del misterio cristiano como algo real. Para los niños, los misterios objetos de devoción son reales y verdaderos de un modo más vivencial.

Piensa entonces que los anuncios bíblicos –profecías, etc.– llegan a los infantes de un modo más bien poético, y que las grandes verdades dogmáticas del Evangelio se les inculcan mediante la imaginación y los sentimientos. La visión de las escenas más centrales de la historia sagrada y de las narraciones bíblicas son por lo general el vehículo para sembrar las realidades cristianas en el alma de los niños y de las personas sencillas. Lo cual no significa que esas vías de aceptación no resulten útiles y fecundas en algunos casos para personas cultas.

---

6 Cf. *Ibid.*

Permanece, sin embargo, el hecho de la recepción espontánea e imaginativa de las verdades religiosas por las mentes infantiles, en las que se alumbran ya desde muy temprano capacidades intuitivas a veces sorprendentes<sup>7</sup>.

Los niños normales entienden perfectamente –afirma Newman– que existe una diferencia entre el bien y el mal. “Cuando han hecho algo que creen malo, tienen conciencia de que han ofendido a Alguien ante el cual se sienten responsables”<sup>8</sup>. Se trata en el niño de una imagen –tal vez no es todavía una idea– del Dios bueno, del Dios bueno en sí mismo y bueno también en relación al niño, aunque sea concebida imperfectamente.

Esta imagen precede a toda reflexión y a todo reconocimiento de su naturaleza nocional. “Aunque el niño no puede definir o explicar lo que la palabra de Dios significa, muestra al usarla en sus acciones que para él se trata de mucho más que de una simple palabra”<sup>9</sup>. Es cierto que el niño escucha con admiración y sana curiosidad relatos fabulosos y narraciones fantásticas. Tiene un sentido borroso e impreciso de lo que escucha sobre personas, cosas y sucesos. Pero posee asimismo un cierto sentido interior que le permite intuir el aspecto profundo de lecciones que recibe de otros acerca de Dios y su providencia.

La fuente principal de estas consideraciones, que ayudaban a Newman en su pedagogía religiosa con niños, era sin duda una experiencia directa de cómo eran y se comportaban la mente y la sensibilidad infantiles, unida a una penetrante reflexión personal.

Nunca faltó a Newman el trato con niños. Lo tuvo en las familias de amigos y conocidos, en los feligreses de Santa María de Oxford, de donde fue párroco durante largos años, y en la escuela del Oratorio de Birmingham, en la que estuvo ocupado en los últimos decenios de su vida.

Fueron sin embargo, los adultos los destinatarios principales de su esfuerzo por conformar e instruir mentes y corazones cristianos. En los años anglicanos, Newman dedicó mucho de su trabajo formativo en el plano religioso a elevar y mejorar la conciencia doctrinal de innumerables discípulos y alumnos de la universidad que se confiaban a sus consejos y lecciones.

---

7 Cf. *El Asentimiento religioso*, (Madrid 1960) 122.

8 *Ibid.*

9 *Ibid.*, 124.

Cuando después de su conversión, ocurrida en el año 1845, hubo de ayudar a muchas personas cultas a captar el sentido católico de las palabras del Credo, solía aconsejar la lectura y estudio del Catecismo para párrocos, elaborado por mandato del Concilio de Trento (1534). La letra de las formulaciones catequéticas se referían directamente a los misterios cristianos (Santa Trinidad, divinidad y humanidad del Señor, Espíritu Santo santificador, Eucaristía, María, madre de Dios y madre nuestra, Iglesia cuerpo de Cristo, etc.).

Pero dado que el acto de fe no termina en la fórmula terminológica creyente, sino que la atraviesa, por así decirlo, para acabar e incidir en el misterio creído, Newman veía también en la pedagogía catequética una vía de entrenamiento hacia la contemplación. Si no eran muchos quienes se adentrasen en ese camino, había que abrir y enseñar a todos esa posibilidad.

Newman pensaba que no toda palabra del catecismo tridentino, por ejemplo, tenía el mismo valor de fe que los decretos del Concilio<sup>10</sup>. Era necesaria, a veces, una comprensión más profunda de lo que los términos usados querían decir. Pero el Catecismo de Trento fue siempre para Newman el texto preferente de instrucción en la fe para personas instruidas. No despreciaba, desde luego, cualquier otro buen catecismo<sup>11</sup>. Las formulaciones del Catecismo para párrocos le parecían definitivas y apenas necesitaban añadidos (en el caso de la transustanciación<sup>12</sup>). Estaba seguro que un anglicano o protestante conocedor de este Catecismo se hallaba bien preparado, doctrinalmente al menos, para ser recibido en la Iglesia<sup>13</sup>.

La labor pastoral de los Oratorianos de Birmingham incluía, como tarea programática desde los inicios, el impartir charlas catequéticas a gente de diferentes edades<sup>14</sup>. Era una actividad que Newman gustaba de asumir personalmente, y que coexistía en los fines del Oratorio con el cultivo intelectual de las ciencias eclesiásticas al más alto nivel posible. Cuando puso en marcha la Universidad Católica de Irlanda en 1852, Newman se preocupó de establecer en el plan de estudios una disciplina titulada *Catechism in Creed and Scripture*, que estaba a cargo del Oratoriano W. G. Penny<sup>15</sup>.

---

10 Cf. *Letters and Diaries* XX, 552.

11 Cf. *Ibid.*, XXIV, 209.

12 Cf. *Ibid.*, XXIII, 378.

13 Cf. *Ibid.*, XXIII, 347.

14 Cf. *Ibid.*, XIII, 26.

15 Cf. *My campaign in Ireland*, 163.

Newman puede ser considerado un doctor de la fe, a todos sus niveles de asimilación y ejercicio por el hombre y la mujer cristianos.

La convicción de que Newman ha sido un hombre santo ha seguido de modo natural a la idea que se tenía de él como gran intelectual. Newman vivió heroicamente las virtudes cristianas.

Esta fama de santidad originó la introducción de la causa de beatificación, que se inició en 1958 por iniciativa del arzobispo de Birmingham, monseñor Greenshaw. La causa fue apoyada por numerosos obispos de diócesis de habla inglesa, los Oratorianos de San Felipe Neri, y más tarde por los Centros de Amigos de Newman, regidos por una Comunidad Católica, fundada en Bélgica en 1938, que mantiene Centros en Bregenz (Austria), Roma, Jerusalén y Littlemore, donde Newman fue recibido en la Iglesia Católica por el pasionista italiano Domenico Barbieri.

Obra del jesuita norteamericano Vincent Blehl, la posición sobre las virtudes de Newman fue publicada en 1989 y Juan Pablo II le declaró Venerable el 22 de enero de 1991. El 3 de julio de 2009 fue firmado por Benedicto XVI el decreto que reconoce un milagro de curación obrado por intercesión de Newman. Este hecho tuvo lugar en el año 2001, en la persona del bostoniense John Sullivan, a quien una parálisis de las piernas mantenía inmovilizado desde meses antes de una silla de ruedas.

Newman ha sido declarado beato el 19 de septiembre de 2010 en Birmingham (Inglaterra) por el Papa Benedicto XVI, con ocasión de su visita al Reino Unido.

## BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

### 1. OBRAS DE J. H. NEWMAN

- *Apología pro vita sua* (Madrid, Ediciones Encuentro, <sup>2</sup>2010).
- *Discursos sobre la fe* (Madrid, Rialp, <sup>3</sup>2009).
- *Carta al Duque de Norfolk* (Madrid, Rialp, <sup>2</sup>2005).
- *Meditaciones y devociones* (Buenos Aires–Madrid, Edibesa, 2007).

## 2. ESTUDIOS SOBRE J.H.NEWMAN

- CAVALLER, F. M<sup>a</sup>., *Aproximación a Newman* (Buenos Aires, Ediciones de la Universidad Católica Argentina, 1998).
- GARCÍA RUIZ, V., *John H. Newman: Suyo con afecto. Autobiografía epistolar* (Madrid, Ediciones Encuentro, 2002).
- GONZÁLEZ MONTES, A., *Pasión de Verdad: Newman cien años después* (Salamanca, Centro de Estudios Orientales y Ecuménicos Juan XXIII, 1992).
  - *La espiritualidad personal a la luz de John H. Newman* (Madrid, Ediciones Encuentro, 2006).
- MORALES MARÍN, J., *Newman (1801–1890)* (Madrid, Rialp, 2010).
  - “Un decenio de obras de Newman en español”, en: *Anuario de Historia de la Iglesia* 7 (1998) 249–267.
  - “La pasión de la fe por la razón”, en: *Revista Española de Teología* 61 (2001) 457–470.